

# UN PUEBLO GASEOSO

No se nos oculta el gravísimo peligro del método que podríamos llamar metafórico cuando con él se pretende hacer ciencia estricta. Lo más de esa monstruosidad á que llaman sociología, ha salido de él. Y el colmo de las construcciones metafóricas absurdas nos lo ofrece aquel libro, en un tiempo tan celebrado, del germano Schaeffle: *Estructura y vida del cuerpo social*, en que va buscando en la sociedad los órganos y las funciones mismas de un cuerpo humano. Todo lo cual ha mantenido durante no poco tiempo aquella barbarie científica ó pseudocientífica, y en todo caso afilosófica, del siglo XIX, á que se llamó positivismo, y que no fué más que una ateología — y ateología — no menos mazorral que pudo serlo la teología metafísica del siglo XVI ó del XVII. (Que era aun peor que la del XIII.)

El método metafórico nos parece peligroso y hasta detestable cuando con él se pretende hacer ciencia; pero es el mejor para hacer arte, para excitar la imaginación, y, mediante ésta, la pasión. Y la política no es, digan lo que quieran algunos pedantes, una ciencia: es un arte, y una bella arte. La política es poesía y no otra cosa. Y la política se encumbra en los períodos revolucionarios, que son los más creativos, es decir, los más poéticos. En ellos, en esos períodos revolucionarios, es cuando los pueblos viven más intensamente su historia. Y esto debe bastarles, sea cual fuere el equilibrio, siempre inestable, que á uno de esos períodos se siga.

Presupuesto, pues, que no pretendemos hacer con nuestras metáforas ciencia política ó sociología — que es un absurdo —, y si sólo arte político, excitación de las pasiones populares, vamos á comentar la teoría cinética de la constitución de los gases. Según esa teoría, los gases constan de innumerables muchedumbres de moléculas, que á grandes velocidades se cruzan y entrecruzan en todas direcciones, chocando á las veces unas con otras.

El matemático H. Poincaré, en su libro *Ciencia y método*, dice, hablando de este tejido de choques y entrecruzamientos: «Parece, por de pronto, que los choques desordenados de este innumerable polvo no pueden engendrar más que un caos inextricable, ante el cual ha de arrodillarse el analista. Pero la ley de los grandes números, esta ley suprema del azar, viene en nuestra ayuda; frente á un medio desorden deberíamos desesperar, pero en el desorden extremo esta ley estadística restablece una especie de orden medio en que el espíritu puede recobrar...»

Nuestro Figaro, ó sea Larra, en un ingenioso artículo metafórico, á que tituló «El hombre globo», nos habla del pueblo en estado líquido — la clase media — y el pueblo en estado sólido — la clase proletaria y, sobre todo, la de los campos —, y de cuánto más terrible es un terremoto que no una tempestad en el mar. Pero no se le ocurrió un pueblo en estado gaseoso, y reservó este estado para el individuo personal, para el hombre de genio, que, como un globo, se eleva sobre el pueblo sólido, expuesto á terremotos, y sobre el pueblo líquido, expuesto á tempestades y galernas.

Cabe imaginarnos poética y metafóricamente, es decir, simbólicamente y sin pretender hacer con ello sociología, aunque sí política, un pueblo en estado gaseoso. Un pueblo en estado gaseoso — más ó menos gaseoso — es un pueblo en estado revolucionario — más ó menos revolucionario y más ó menos duradero en él.

En un pueblo que calienta y venciendo la presión que

sufre se pone en estado revolucionario, y obedece á una ley de libertad análoga á la llamada de Mariotte, á que obedecen los gases, los individuos se cruzan y entrecruzan y chocan entre sí, y estos choques parecen provocar un extremo desorden. Pero este desorden llega á ser más ordenado cuanto más extremo sea; lo peor es el semi-desorden y medio desorden. En el desorden social extremo hay que contar también con la ley suprema del azar, con la ley de los grandes números, gracias á la cual las diferencias se compensan.

Los elementos más verdaderamente perturbadores en una revolución, son los que provienen del antiguo régimen, del orden que la revolución ha venido á romper, son los elementos conservadores que en el seno de la revolución obran; son los elementos líquidos y hasta sólidos, si es que no cristalizados, que en el seno de ella obran, y son como núcleos de resistencia. Lo peor de una revolución es que sea impura, que contenga elementos no revolucionarios.

Y estos elementos no revolucionarios en el seno de una revolución, estos elementos líquidos y sólidos en el seno de un pueblo en estado gaseoso, son los que buscan cristalizarse, son los que se mueven por programas y fórmulas, es decir, por utopías. En un momento de clarividencia, Carlos Marx, que era mucho menos revolucionario que parece á muchos, ó aun mejor, que era fundamentalmente conservador — el revolucionario fué, frente á él, Bakunine —, decía á un forjador de esquemas de la sociedad futura, que el trazar programas de cómo ha de ser la sociedad futura, es cosa de reaccionarios. Lo que no quitó que él á su vez y á su modo los trazara, aunque pretendiendo que no eran sino el pronóstico de lo que la sociedad tenía que llegar á ser fatalmente, por la fuerza de las cosas y no de los hombres, y pronóstico deducido merced á

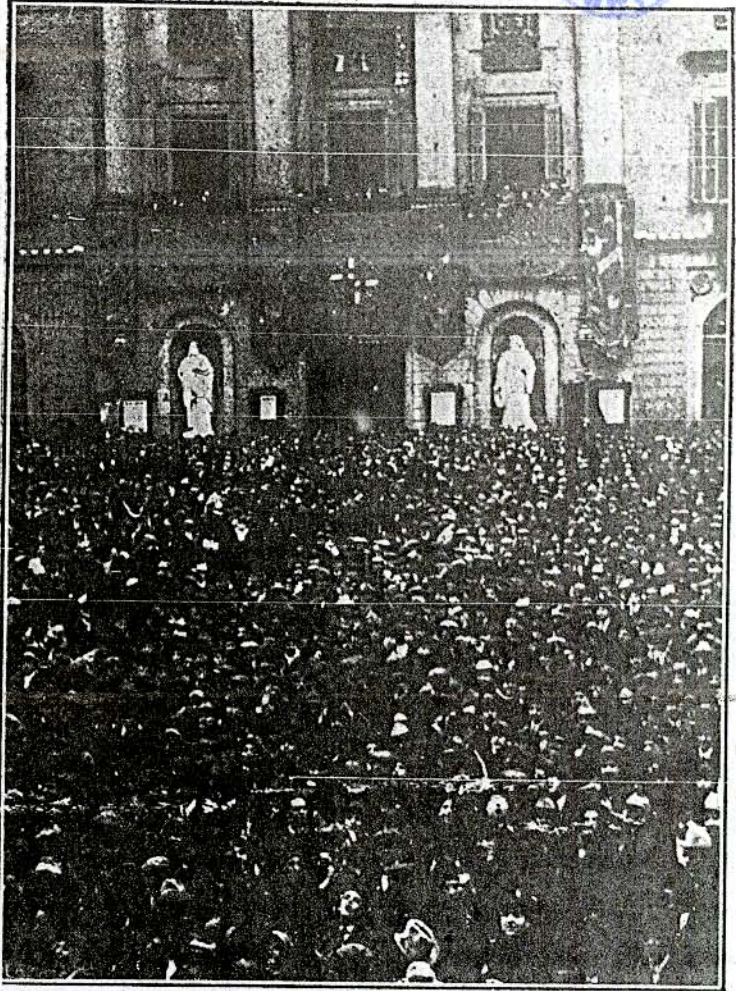
aquella grandísima pedantería sociológica que se llamó socialismo científico, y á la que se acogieron los ateólogos que no tienen el menor sentido de lo que la ciencia es, y mucho menos de lo que es la Historia.

Con el llamado materialismo histórico es con lo que no cabe explicar bien el estado gaseoso ó revolucionario de los pueblos. La economía política no nos explica ese calentamiento de los pueblos que puede llegar á evaporarlos, á convertirlos en un gas de enorme potencia, y hasta explosivo. El hambre enfría y condensa y solidifica á un pueblo; el hambre no lo calienta y expansiona y evapora. El hambre es, digase lo que se quiera, un elemento de orden. Y cuando parece que una revolución viene por el hambre, viene por otra cosa. El hambre es reaccionaria.

Pero en todo caso, si se ha de romper el viejo orden que la rotura, sea lo más completa posible. Hay que fiar siempre de la ley del azar mucho más que de las leyes de los mecánicos que tratan de meter á un pueblo evaporado dentro de una caldera de hierro para que mueva los émbolos de su máquina.

La ventaja del caos — caos quiere decir abertura de sima, bostezo de la tierra convulsionada — es que no puede ser duradero. El azar, el divino azar, trae un orden. Hay que esperar siempre á lo desconocido. Una revolución, una verdadera revolución, no debe, no puede tener programa. Y en esto ha de consistir nuestra confianza frente á ella.

## PIDIENDO LA AUTONOMÍA CATALANA



Aspecto que ofrecía la plaza de San Jaime, de Barcelona, el día 16 del actual, en el momento de entrar en el Palacio de la Generalidad la Comisión de diputados y concejales para entregar al presidente de la Mancomunidad el álbum firmado por todos los Ayuntamientos de Cataluña pidiendo la autonomía

Miguel de Unamuno